

texto publicado en 1948, de cara a las elecciones, Blas Roca consideraba a Martí como el revolucionario más radical de su época y lo tildaba de precursor del Partido Comunista (PSP). «Nosotros podemos reverenciar a Martí con toda sinceridad porque nosotros somos del partido radical y revolucionario de hoy», rezaba su panfleto. Según Roca, todos los partidos en lidia traían a cuento el ejemplo martiano, pero solamente los comunistas eran del todo sinceros al reverenciarlo.

No muy distinta exclusividad de cita se reservaba Ramón Grau San Martín desde el momento en que bautizara a su partido con el mismo nombre del fundado por Martí, aunque agregándole un paréntesis por el cual sería conocido la nueva formación: Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). Lo mismo que Blas Roca, Grau San Martín denunciaba al dudoso Martí de los demás, y se regocijaba en la continuación de lo martiano de la política representada por él.

Pero ninguna aproximación ha tenido mejor fortuna que la de Fidel Castro. Inmerso desde joven en las luchas políticas republicanas, sabedor de lo importante del manejo de símbolos (su curiosidad o simpatía por el fascismo italiano dan la medida de ello), no podía menos que utilizar a Martí. Un volumen publicado en 1983, *José Martí: el autor intelectual*, deja ver algunos de esos trabajos de apropiación: aparece allí el facsímil de unas páginas martianas con anotaciones del joven Castro. Y la visión de esa marginalia despertaba lo rapsódico en un comentarista como Fernández Retamar, quien arriesgara: «Fidel, siguiendo el consejo del libro ígneo que es el Apocalipsis, el cual recomienda comerse el libro, estaba haciendo a Martí carne de su carne y sangre de su sangre».

Tal como puede desprenderse de esa cita, nos encontramos en tierra de altos símbolos. No sorprenderá a nadie que, durante la apertura del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba celebrado en 1975, le fuese reservado a Martí un puesto entre los asistentes, en calidad de Primer Delegado. No sorprenderá tampoco que, a lo largo de las sesiones, se mantuviese un respeto sagrado por la butaca vacía.

Aquel que anotara siendo joven unas páginas de José Martí, iba a ocuparse de escribir la introducción a la edición crítica de las Obras Completas. Un atlas histórico-biográfico dedicado a seguir

los pasos del Martí trashumante concluía con un recuento de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Y en el cartel impreso para el estreno del documental *La guerra necesaria*, de Santiago Alvarez, Martí aparecía en la cubierta del yate «Granma». Ambas épicas se entrelazaban, el desembarco martiano poco antes de su muerte, y el que hicieran Fidel Castro y sus compañeros.

Más recientemente, el pintor José Toirac ha vuelto a la fotografía donde Fidel Castro, inmediatamente después del asalto al cuartel Moncada, aparece ante una pared en la que cuelga el retrato de Martí. En la irónica interpretación de Toirac, hecha con blancos y negros como si se tratara de una fotografía, el principal sujeto es José Martí, y la imagen que cuelga en la pared es de Fidel Castro.

A tanto se ha llegado en los trabajos de identificación entre uno y otro, que ambas figuras resultan intercambiables. Fidel Castro pudo haber conspirado en New York hasta fundar el Partido Revolucionario Cubano, Martí podría tiranizar al país valiéndose del Partido Comunista de Cuba. Ya Nicolás Guillén había estipulado que era José Martí, redivivo en Fidel Castro, quien señalaba el camino de Cuba. Incluso llegó a hablarse, en una antología del venezolano Aquiles Nazoa, del «adelantado fidelismo» de Martí.

«Sólo los revolucionarios de hoy», consignó José Cantón Navarro, «y en primera fila los comunistas, pueden honrar sin avergonzarse a los revolucionarios de ayer, en cuya vanguardia se halló siempre nuestro Martí». Aquellos viejos comunistas que celaban a Martí, remontaban el linaje de su interpretación hasta un artículo publicado por Julio Antonio Mella en 1926: *Glosas al pensamiento de José Martí. Un libro que debe escribirse*. Mella hablaba allí de un libro por hacer, obra para la cual no le alcanzaba el tiempo, pero que tal vez llevaría a cabo en alguna de sus prisiones, sobre el puente de un barco, en un vagón de tercera o en la cama de un hospital. (Cárcel, exilio o convalecencia eran las expectativas que él mismo se dibujaba.) Como podrá imaginarse, el libro pospuesto daría la medida del verdadero Martí. Mella se apuraba a sí mismo al escribir: «Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro».

No era retórica su queja por la falta de tiempo. Alrededor de esa fecha él se encontraba entre los fundadores de la Federación de Estudiantes Universitarios, organizaba una universidad popular (con el nombre de José Martí), participaba en la creación del Partido Comunista de Cuba (PSP), y fungía como secretario general de la sección cubana de la Liga Antimperialista. Su artículo, propuesta de libro que nunca llegaría a escribir, arrastraba a Martí a la actualidad, lo citaba a juicio contra el imperialismo estadounidense. Creaba, de este modo, una de las más poderosas y recurrentes figuraciones martianas: la del luchador antimperialista.

Pero, más allá de lo fecunda que haya sido la petición de análisis hecha por Mella, quiero detenerme en un rasgo que (hasta donde sé, pues la bibliografía martiana es oceánica y soporífera) no se ha tenido en cuenta. Mella escribió en su artículo de 1926: «Es necesario dar un alto, y, si no quieren obedecer, un bofetón a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adulón, tanto hipócrita... que escribe o habla sobre José Martí».

Resalta en esta cita la violencia. Junto a la propuesta de un Martí necesario, de un libro por hacer, esa bofetada marcará el camino de la intransigencia, tendrá muchísima suerte futura. El texto de Julio Antonio Mella, origen de un linaje interpretativo, representa también el nacimiento de una particular manera de canalizar los celos. Rafael Rojas ha estudiado en *Tumbas sin sosiego* los cambios producidos en la civilidad cubana a partir del triunfo revolucionario de 1959. A propósito de la intelectualidad comunista, Rojas anota variaciones que van desde una cortesía exquisita hasta, desalojado ya el resto de los partidos políticos, la intolerancia más cortante. Y claro que la bofetada estipulada por Mella pudo ser solamente un exabrupto literario. Quizás no haya que tomarla al pie de la letra, pues pertenecía a ese conjunto de barrabasadas que promulgaban otros manifiestos de la época. (No por ellos iba a ser arrasado el Partenón o la antropofagia cundiría entre la gente.)

Sin embargo, el exabrupto de Mella hallaría, al final, literal cumplimiento. En 1974, Juan Marinello advertía: «Por fortuna, la claridad traída por la revolución nos pone a cubierto de todo intento malicioso o torpe. Los martianos antimartianos no tienen

cabida en la Cuba de ahora». Y lo que en 1926 merecía una bofetada, debía pagarse ahora con el ostracismo, con el destierro de por vida. Un prólogo a los trabajos del Seminario Nacional Martiano esbozaba un *Index Prohibitorum* que incluía nombres de intelectuales burgueses empeñados en tergiversar la memoria de Martí. Juan Marinello, inquisitorial hasta en su terminología, hablaba del «pecado de lesa martismo». Y Luis Pavón hurgaba en culpas retroactivas: «Una lista de la bibliografía martiana que nos dejó la república es, en gran medida, una relación delincencial».

El oponente quedaba fuera de la cortesía, fuera del país, fuera de toda ley. Un primer decreto expedido el 19 de mayo de 1977 por el recién fundado Consejo de Ministros, ordenó la creación de un Centro de Estudios Martianos que encastillaría (e iba a propiciar también) la investigación sobre Martí. Junto a tal decreto fue dictada la resolución que declaraba Monumento Nacional a cualquier pieza autógrafa martiana, y obligaba a sus poseedores a entregarla.

El delito de propiedad venía a sumarse a lo delincencial de ciertas opiniones, y resultaba ultrajada toda pertenencia de José Martí escapada de la Isla. Procuraba garantizarse legislativamente el retorno íntegro (hasta lo nimio) de quien vagara tantos años por el extranjero. Una nota sin firma aparecida en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* correspondiente al año 1985 se exasperaba ante la perspectiva de que Carlos Ripoll, especialista del exilio, publicase dos cartas inéditas. Reconvenía la nota: «Y allí, en manos de quienes han abandonado a la patria, hay documentos originales de Martí que le pertenecen al pueblo cubano y a su Revolución martiana, únicos verdaderos custodios de un tesoro que es patrimonio de la humanidad, pero no de una humanidad en abstracto, sino, para decirlo con palabras de Juan Marinello, de ‘una humanidad al nivel de su esperanza’».

La guerra de reliquias se encendía. Aquellos que se consideraban a sí mismos únicos herederos del ejemplo martiano, los únicos sabedores de traducirlo, encontraban en él un buen motivo para denostar a los contrarios. Como cualquier instrumento de legitimación de una dictadura, José Martí terminaba por convertirse en un objeto arrojadizo, en arma. En medio de la fuga del país de gran parte de la población, una de sus frases sería utiliza-